

**COOPER, E., y S. MIRETE MAYO (2001): *La mitra y la roca. Interés de Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, en la ribera del Ebro*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo, 179 pp.**

Alfonso Carrillo es, sin duda, una de las figuras más destacadas de la vida política del reinado de Enrique IV y de los primeros tiempos de los Reyes Católicos. Se trata, según se desprende en esta obra de Edward Cooper, autor de los *Castillos señoriales de Castilla de los siglos XV y XVI*, y de Salvador Mirete, experto en geología, de la representación de un tipo de obispo pendenciero e intransigente que va a participar directamente en los problemas sucesorios que acaecieron en Castilla en la segunda mitad del siglo XV. En efecto, fue cabeza dirigente de la revuelta nobiliaria contra el monarca castellano Enrique IV y uno de los principales actores de la denominada *farsa de Ávila* (1465), en la que los nobles rebeldes depusieron al monarca y proclamaron en su lugar al príncipe Alfonso. Al morir éste (1468), el arzobispo Carrillo se hizo portavoz de la princesa Isabel y fue una de las piezas clave en la negociación para el matrimonio de la castellana con Fernando de Aragón. Años más tarde, rompió con los Reyes Católicos y se reconcilió con Enrique IV. Muerto este en 1474, Carrillo militó en el bando de Alfonso de Portugal y Juana la Beltraneja. Vencido finalmente, hizo las paces con los Reyes Católicos y se retiró a Alcalá, donde pasó sus últimos años dedicado a su afición favorita, la alquimia.

Pues bien, este personaje, que también participará en los problemas sucesorios acaecidos contemporáneamente en el reino de Navarra, e intervendrá en los obispos de Burgos y de Calahorra, llevará a cabo una serie de actuaciones señoriales y económicas en La Rioja, más concretamente en el valle del Linares, junto a Cornago. En este sentido, el libro va a ir desgranando, en primer lugar, las estrategias e intrigas del arzobispo para incorporar a su propiedad una parte del señorío de Cornago; y después, analiza científicamente el producto mineralógico que extrajo el arzobispo Carrillo en La Rioja Baja, la jarosita, de la que se obtiene el alumbre.

Los autores, de formación muy diferente pero complementaria, han pretendido realizar a lo largo de este trabajo un estudio multidisciplinar, en el que los aspectos históricos y los científicos se investigan "sin diluirse". Se trata de una obra de planteamiento difícil, en la que se analizan con precisión y minuciosidad las actuaciones políticas de Alfonso Carrillo en el reino de Navarra, proceso, en cualquier caso, difícil de sintetizar y muy erudito. Por otro lado, se estudia la mineralogía desde un punto de vista histórico y analítico, con el objetivo de clasificar el mineral extraído en los alrededores de Cornago.

El libro está dividido en dos partes claramente diferenciadas. La primera, el estudio propiamente dicho, intenta conducirnos a través de cuatro capítulos hacia la explicación de los factores que hicieron posible que el arzobispo toledano tuviera interés por la extracción minera en La Rioja; mientras que la segunda está formada por dos apéndices: uno documental, valiosísimo, y otro fotográfico.

En el primer capítulo del estudio se atiende al señorío de Cornago a partir del linaje que lo administra, el de los Luna, y a los intentos de Alfonso de Carrillo por hacerse con su propiedad. Pero la caída en desgracia de dicha familia abrió las puertas a los intereses de sus rivales, como el propio arzobispo de Toledo. Sin embargo, el rey concedió en 1464 la tenencia del castillo al navarro Juan de Beaumont.

El arzobispo Carrillo, a partir de ese momento, intenta hacerse con el señorío. Sólo conseguirá la cesión de una parcela en el término de Cornago, que recibe el nombre de Casacarrillo, y que a la postre se convierte en el eje del contenido del libro.

Cooper y Mirete fundamentan la presencia del arzobispo en Cornago a partir de tres aspectos: el eclesiástico, el político y el minero. En cuanto al primero, Alfonso Carrillo ocupó el obispado de Sigüenza, desde donde fue promovido a la mitra de Toledo en 1446. Pronto intentó elevar la importancia del obispado toledano, siguiendo los pasos de otros obispos, extendiendo su poder por diversos lugares de España. Igualmente, en el libro se analiza la injerencia del arzobispo en la diócesis de Burgos (1448), quizá porque este obispado interfería en los asuntos de Calahorra. Además, se intenta explicar su situación económica, en franca decadencia, entre otras razones porque tenía que mantener un buen número de reductos fortificados, ya anacrónicos y con ingresos probablemente estancados. Por el contrario, el obispado de Burgos se había volcado plenamente desde el siglo XIII en la actividad económica más importante en Castilla, la lana de los rebaños trashumantes de la Mesta, logrando la correspondiente autoridad y solvencia, con ingresos en denominaciones bancarias internacionales.

En cuanto al aspecto político, los autores del libro tratan de su vinculación con el reino de Navarra. A la muerte en 1461 del primogénito de Juan II, Carlos de Viana, se produjo un nuevo rebrote de guerra civil. Ello dio lugar a la intervención de Enrique IV, pues Juan II era el principal instigador de la liga nobiliaria con la que el rey tropezaba en Castilla. Enrique IV ocupó la merindad de Estella para apoyar a los *beamonteses*, y el arzobispo, a pesar de estar en contra de la campaña de invasión, consiguió la tenencia de Larraga, entre Estella y Tafalla. Más tarde se ganará el favor de El Busto, Viana, Andosilla y Tudela; y al Sur del Ebro, en La Rioja, el de Herrera, Briones, Logroño y Alfaro.

En este mismo apartado, los autores inciden en el año 1468. Entre otras muchas circunstancias históricas, en esa fecha Alfonso Carrillo intentará hacerse con el monasterio cisterciense de Fitero, al mismo tiempo que se le vincula con las muertes de varias personas, entre otras destaca la del obispo de Pamplona, Nicolás Echavarrí, para cuya silla episcopal ya había destinado a un sobrino suyo.

A partir del tercer aspecto, el minero, se explica necesidad del arzobispo toledano por financiar sus correrías políticas, los sobornos y cualquier estancia o transacción en el Norte de Castilla y en Navarra. Parece ser que en seguida fue atraído por las posibilidades económicas de La Rioja, en especial por las de la zona de Jubera. A poca distancia de este lugar aparecen indicios de piritita y de galena. Quizá Carrillo buscara sal. Lo cierto es que esta atracción se materializa cuando halla jarosita, de la que se obtiene el alumbre, en su propiedad de Casacarrillo. Esta fase de explotación duró por lo menos desde 1465 a 1467 y pudo contar con el asesoramiento del mayor experto de Europa en alumbre: Giobanni di Castro, al que conoció en Basilea en 1436.

En este mismo capítulo se realizan una serie de precisiones geológicas, que atienden por igual a las características de la tierra y de las rocas del entorno, a las fases de refinamiento del alumbre o al papel que desempeñaron en los trabajos más pesados los mudéjares de la región. Asimismo, los autores quieren recalcar que este mineral, junto a la lana, suponía el recurso de mayor importancia en el comercio internacional europeo de la Baja Edad Media. De hecho, el incentivo para la búsqueda de alumbres fue indudablemente la carencia total del producto en Europa

Occidental a partir de la conquista otomana de Constantinopla, que tenía el monopolio comercial.

En resumen, el estudio que aquí se presenta sirve para mostrarnos el panorama que, en parte, ofrecía la iglesia castellano-leonesa en la segunda mitad del siglo XV. El arzobispo Alfonso Carrillo, como en el caso de otras dignidades episcopales, fue reclutado de una de las familias más importantes de la nobleza de la época, los Acuña, y parecía más atento a mantener su influencia política y social que a actuar como pastor espiritual de los fieles de la diócesis toledana. Con mucha frecuencia, el argumento que privaba para intentar ocupar un determinado arzobispado era la cuantía de sus rentas o, en todo caso, el poder político que se derivaba de su dominio. No es de extrañar, por tanto, que el personaje analizado en esta ocasión respondiese a la figura del prelado intrigante y belicoso, cuya mayor frustración fue no haber alcanzado el capelo cardenalicio. Además, es necesario recordar que, gracias a esta investigación, Cooper y Mirete permiten a los estudiosos de la Edad Media española conocer un aspecto generalmente obviado por las dificultades de su tratamiento, como es el de las actividades mineras, y nos informan de la obtención y explotación de las jarositas en el territorio riojano. Por lo que antecede, este libro supone una importante contribución a la historia de La Rioja y a la historia de la ciencia; y todo ello resuelto, a pesar de la gran dificultad metodológica, documental y terminológica, con una encomiable sabiduría.

**Javier García Turza**  
Universidad de La Rioja